



Galdós, fuente histórica de primera magnitud

- El caso del padre Gamborena, en la novela «Torquemada y San Pedro».

Josep Carles Clemente

GALDÓS fue un escritor muy discutido por sus ideas y su actitud ante la religión y la Iglesia de su tiempo. Fue, evidentemente, un anticlerical que fustigó las lacras eclesiales que ensombrecían a la jerarquía de la Iglesia. Pero en ningún modo fue antirreligioso y, mucho menos, arreligioso. Sus

detractores, situados en la derecha española más reaccionaria, confundieron maniqueamente anticlericalismo con antirreligiosidad. Galdós, a través de sus artículos, novelas y obras de teatro, atacó lúcidamente a la Iglesia jerarquizada de su época que no usó de la influencia que tenía en la clase dominante

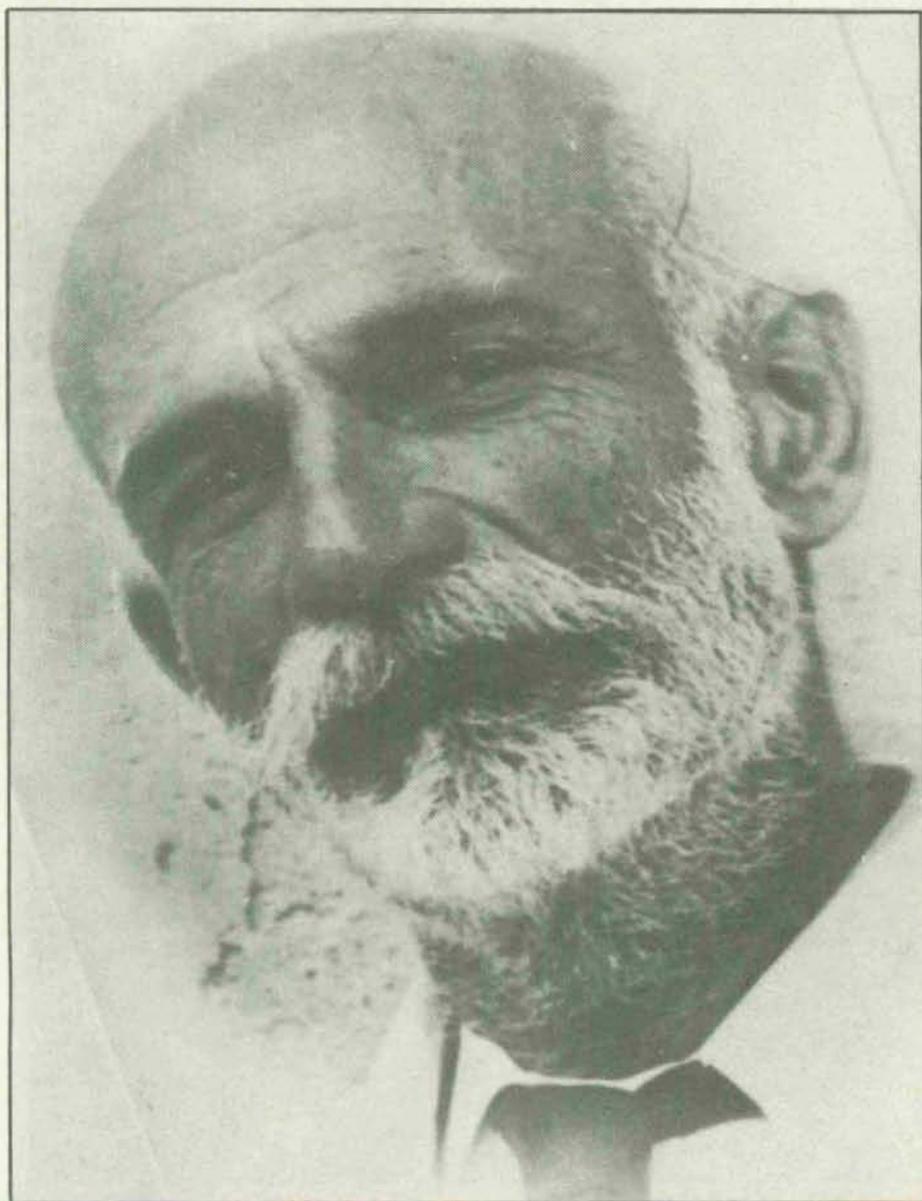
para que realizara las reformas necesarias en las estructuras económicas y políticas que el país requería. El estreno en Madrid de su obra teatral «Electra» suscitó una gran polémica que pronto adquirió carácter nacional. La representación de la pieza transcurrió entre pitos y aplausos. El autor fue llevado a hombros desde el teatro hasta su domicilio, mientras los discrepantes le obsequiaban con abucheos, gritos y pitos. No obstante, desde la derecha se le hizo justicia por parte de algunos de

sus más preclaros intelectuales. En 1897 Galdós ingresaba en la Real Academia de la Lengua. Su discurso de ingreso fue contestado por Menéndez Pelayo que, a pesar de la distancia ideológica que les separaba, no dudó en señalar que «pocos novelistas de Europa le igualan en lo trascendental de las concepciones y ninguno le supera en riqueza inventiva. Su vena es tan caudalosa, que no puede por menos de correr turbia a veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles».

LA polémica persiguió a Galdós durante toda su vida. Aún hoy no se ha apagado. En carta al director de un diario madrileño, en 1970, un antiguo obispo de Canarias, escribía profundamente indignado: «Estoy hondamente apenado e indignado ante los homenajes y honores que, con ocasión del 50 aniversario de su muerte, van a rendirsele a uno de los personajes más nefastos de España en los últimos tiempos: a don Benito Pérez Galdós. El estandarte y portavoz de aquella campaña infame de «Electra». El autor de tantas novelas rezumantes de anticlericalismo e inmoralidad» (1). Esta opinión nos da una idea de la índole polémica de la obra de Galdós, todavía no apagada por el tiempo.

Galdós utilizó y estudió profundamente la Biblia. San Mateo fue uno de sus autores predilectos y algunas de sus novelas están esmaltadas de citas bíblicas. Esto es especialmente visible en «Misericordia», donde la huella del

(1) ANTONI JUTGLAR. «Sociedad e Historia en la obra de Galdós». Artículo en revista «Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 250-252. Octubre, 1970-enero, 1971. Madrid



Galdós estuvo influenciado por el krausismo y, ciertamente, procedía de él, pero no por ello era estrictamente naturalista (en la foto, Giner de los Ríos, gran amigo de Galdós).

Evangelio de Mateo es clara. Un estudioso de estos aspectos en la obra galdosiana ha escrito que: «*Galdós busca lo real y lo fundamental en la fe cristiana. Pone de lado los aspectos artificiales y penetra en el meollo de la enseñanza bíblica*» (2).

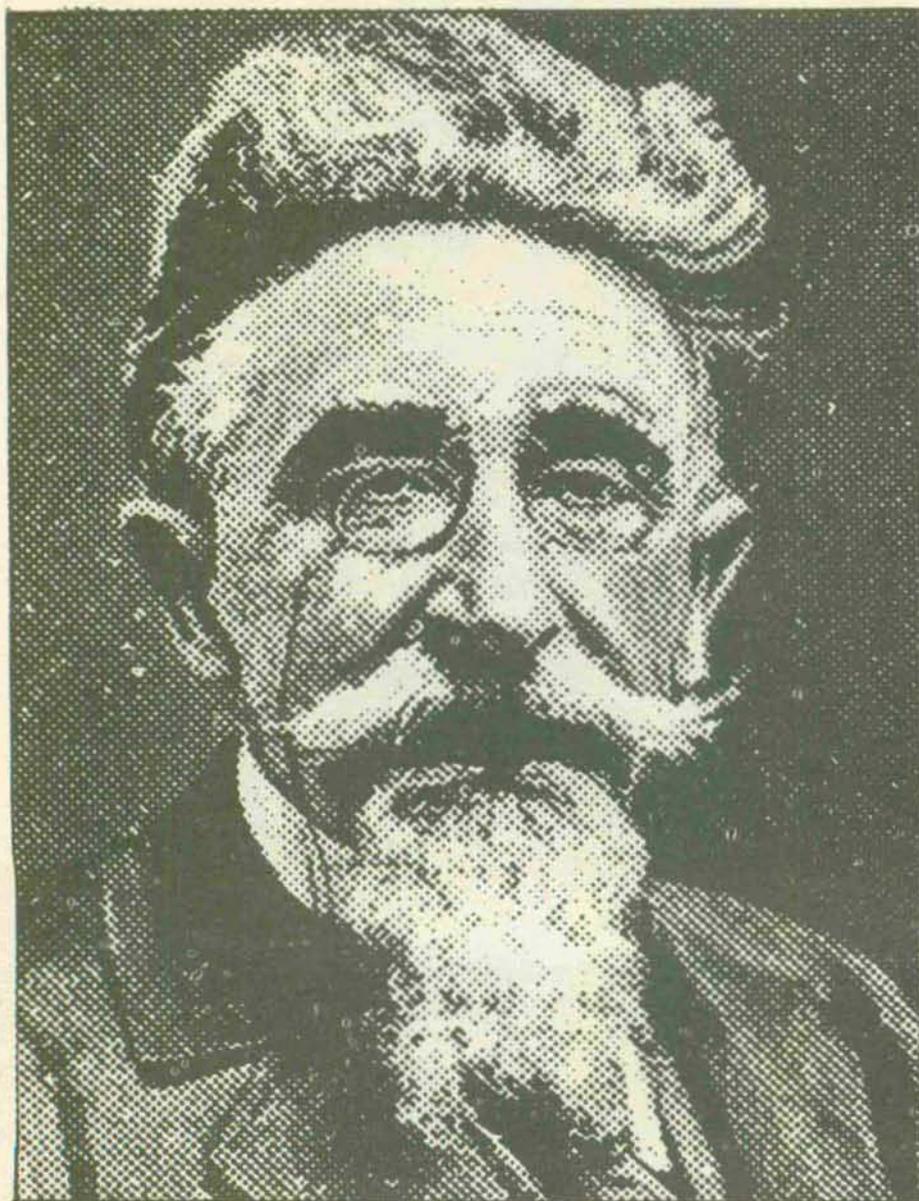
Benito Pérez Galdós fue un humanista y cristiano crítico. Fustigó siempre que pudo las actitudes farisaicas de un catolicismo cómodo y no comprometido con la problemá-

(2) JOSE SCHRAIBMAN. «Las citas bíblicas en 'Misericordia' de Galdós». Artículo en revista «Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 250-252. Octubre, 1970-enero, 1971. Madrid.

tica social de la época. La huella de Erasmo en su trayectoria vital es visible. En más de una ocasión proclamó su admiración por la obra erasmiana, incluso llegó a declarar que se consideraba discípulo y seguidor de su doctrina. Galdós buscó expresamente en el primitivismo cristiano la verdad de las actitudes más esenciales del comportamiento humano, llegando a la conclusión que esa verdad se podía rastrear en el testimonio de los profetas y de los apóstoles y no en la jerarquía católica de su tiempo ensamblada en los presupuestos de la oligarquía

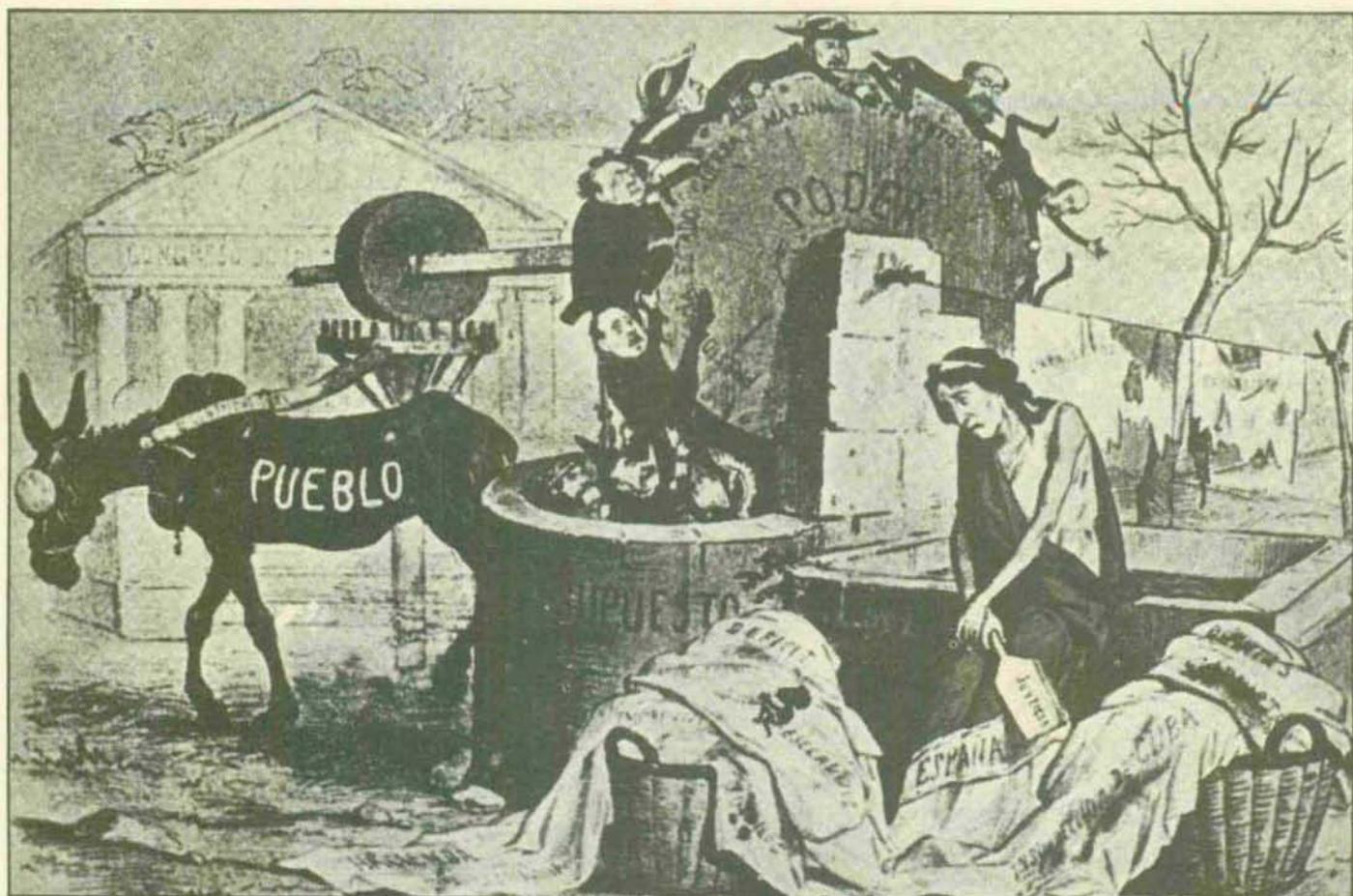
instalada que detentaba el poder económico y político de España.

En «Gloria», obra que data de 1876, don Buenaventura dice a Daniel Morton, un joven judío que pretende la mano de su sobrina: «¿Será posible que en el fondo no pensemos lo mismo, señor Morton?... Yo creo que la fe religiosa, tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día... Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse, y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión... Creo que los cultos subsistirán mejor si volviera a la sencillez primitiva... Creo que ninguna nación ni pueblo alguno pueden subsistir sin una ley moral que les dé vida... Esto que declaro... es de esas cosas que pocas veces se dicen, y yo las callo siempre, porque la sociedad actual se sostiene, no por el fervor, sino por el respeto a las creencias generales... Creo, finalmente, y para decirlo todo de una vez, que el fondo moral es con corta diferencia uno mismo en las religiones civilizadas...» (3). Tales declaraciones no son vanas, si tenemos en cuenta que don Buenaventura era un doble del propio Galdós y, por lo tanto, las opiniones del primero eran las del escritor canario. Este detalle ha sido confirmado por estudiosos de la obra de Galdós. Y así lo han señalado: «Tal credo moral de don Buenaventura, semejante en estructura, pero contrapuesto en el contenido al credo católico, reflejará el humanismo galdosiano. Don Benito encierra en estos principios morales la esencia de la filosofía krausista tal como la expresaban en esta época el partido progresista, al que Galdós favorecía, y varios de sus amigos íntimos, v. g.: Giner de los Ríos, Clarín y Palacio Valdés. Por lo tanto, no sería



Pereda, en la forma de novelar, se enfrentó con la realidad; pero no admitió un determinismo científico, que era algo consustancial con el positivismo. En este aspecto, tanto Galdós como Pereda —en la imagen— pensaron igual.

(3) «Gloria». 2.º vol., capit. XI.



«Este último tercio del siglo XIX es el tiempo de esta clase nuestra, balancín entre la democracia y el antiguo régimen, eslabón que encadena pobres con ricos, nobles con villanos y creyentes con incrédulos». (Grabado satírico republicano, publicado en Barcelona en enero de 1873.)

arbitrariedad nuestra el asegurar que Galdós mismo nos habla por boca de don Buenaventura» (4).

Galdós fue un hombre de su tiempo; él mismo declaró que era un hombre del Sexenio. Estuvo influenciado por el krausismo y, ciertamente, procedía de él, pero no por ello era estrictamente naturalista. Ya sabemos que la versión literaria del positivismo era el naturalismo.

El legado que nos dejaron los novelistas que procedían del krausismo —como Pereda, Clarín, la Pardo Bazán y el propio Galdós— fue una postura estética. Se trataba de presentar una realidad idealizada. Según ellos, el fin del

arte era una idealización de lo real. En el campo literario, el krausismo fue una síntesis entre realidad y fantasía. El ideal de vida era la verdad, la belleza y el bien.

López Morillas ha señalado (5) que «las novelas de este grupo de escritores no eran novelas realistas, sino más bien idealistas». Donde no hay positivismo no hay naturalismo. Y los krausistas no partían esencialmente del positivismo. Reflejarán, a nivel ideológico, las experiencias del Sexenio democrático, para luego pasar a criticar la Restauración. Tanto el krausismo como el positivismo fueron enemigos comunes de la sociedad tradicional, pero sin confundirse. Pereda fue el novelista de este tradicionalismo y, en la forma de nove-

lar, se enfrentó con la realidad; pero no admitió un determinismo científico, que era algo consustancial con el positivismo. En este aspecto, tanto Galdós como Pereda pensaron igual.

Galdós fue un reformista que optó por la burguesía liberal. Hans Hinterhauser, uno de los más agudos y conscientes estudiosos del escritor canario, nos señala: «Galdós concebía el cambio de formas e instituciones sociales como una evolución lentísima (pero inevitable); también que, a pesar de las veleidades socialistas de su vejez, no hizo nunca suya la solución dada por el socialismo a la cuestión social. Consideraba superflua la lucha de clases en España, pues, debido a los rasgos peculiares del carácter nacional, veía realizada ya en el país (es un «leit motiv» de su obra) una especie de sociedades sin clases (...) Galdós y su in-

(4) DONALD W. BLEZNICK y MARIO E. RUIZ. «La Benina misericordiosa: conciliación entre la filosofía y la fe». Artículo en revista «Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 250-252. Octubre, 1970-enero, 1971. Madrid.

(5) JUAN LOPEZ MORILLAS. «El krausismo español». Fondo de Cultura Económica. México, 1956.



Nazarín y Verdager
«imitan ambos a Cristo,
creyendo que ellos son
completamente ortodoxos
y que el clero en
general y sus superiores
eclesiásticos en
particular se han
apartado de la verdadera
religión» (mosén Jacinto
Verdager).

tención política, educadora y literaria, se identificaban con la clase burguesa ascendente» (6). Por otro lado, Casaldüero abunda en la misma opinión: «Galdós no era un revolucionario; era un burgués liberal... Su ideal es el orden y la ciencia, el trabajo y el ahorro, que permi-

(6) HANS HINTERHAUSER. «Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós». Editorial Gredos, 1963, Madrid. Ver págs. 218-219 y 186.

ten acumular un capital. El individuo y la propiedad son para él algo sagrado» (7).

Galdós, como buen liberal, intentó huir de los extremismos. Creyó profundamente en el protagonismo de las clases medias. Su hora había llega-

(7) JOAQUIN CASALDUERO. «Historia y Novela». Artículo en revista «Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 250-252. Octubre, 1970-enero, 1971. Madrid.

do. Ni el integrismo de la derecha reaccionaria ni el utopismo revolucionario de las izquierdas, podían solucionar los problemas de España. El propio Galdós nos ha dejado escrito en boca de Vicente Alconero, otro de sus dobles: «... estas familias medianamente ilustres, medianamente aderezadas de cultura y de educación, serán las directoras de la Humanidad en los años que si-

guen. Este último tercio del siglo XIX es el tiempo de esta clase nuestra, balancín entre la democracia y el antiguo régimen, eslabón que encadena pobres con ricos, nobles con villanos y creyentes con incrédulos» (8).

ALGUNOS DE LOS PERSONAJES-SACERDOTES DE GALDOS

Los sacerdotes son muy frecuentes en la obra de Galdós. La lista sería algo larga. Aquí vamos a analizar sólo a tres de ellos: José Bailón, Nazarín y Gamborena. Los tres son personajes muy distintos en su actitud y comportamiento, pero todos representarán algo que existía en la sociedad de su tiempo. Galdós no inventa personajes, los toma de la realidad. Y esto lo vamos a ir comprobando a lo largo de este trabajo.

José Bailón aparece en «Torquemada en la hoguera», novela escrita y publicada en 1889. El clérigo Bailón deja los hábitos en el 69, en Málaga, «echándose a revolucionario y a librecultista». De católico se convierte a protestante. Sus fanáticos y encendidos sermones llegan a enemistarse con sus feligreses. Ejerce el periodismo y en sus artículos despotrica contra curas, obispos y hasta del Papa. Era el típico catastrofista y un falso filósofo. Heredó de una viuda rica con la que vivía amancebado. Su amistad con Torquemada viene de sus negocios para colocar su dinero. A través de su contacto con nuestro usurero, se convierte en su alumno. En cambio, Torquemada le tenía como oráculo consejero en cuestiones de orden elevado.

(8) BENITO PEREZ GALDOS. «Episodios Nacionales». Primera serie, II. Págs. 269 y siguientes. Obras Completas. Editorial Aguilar. Madrid, 1958.

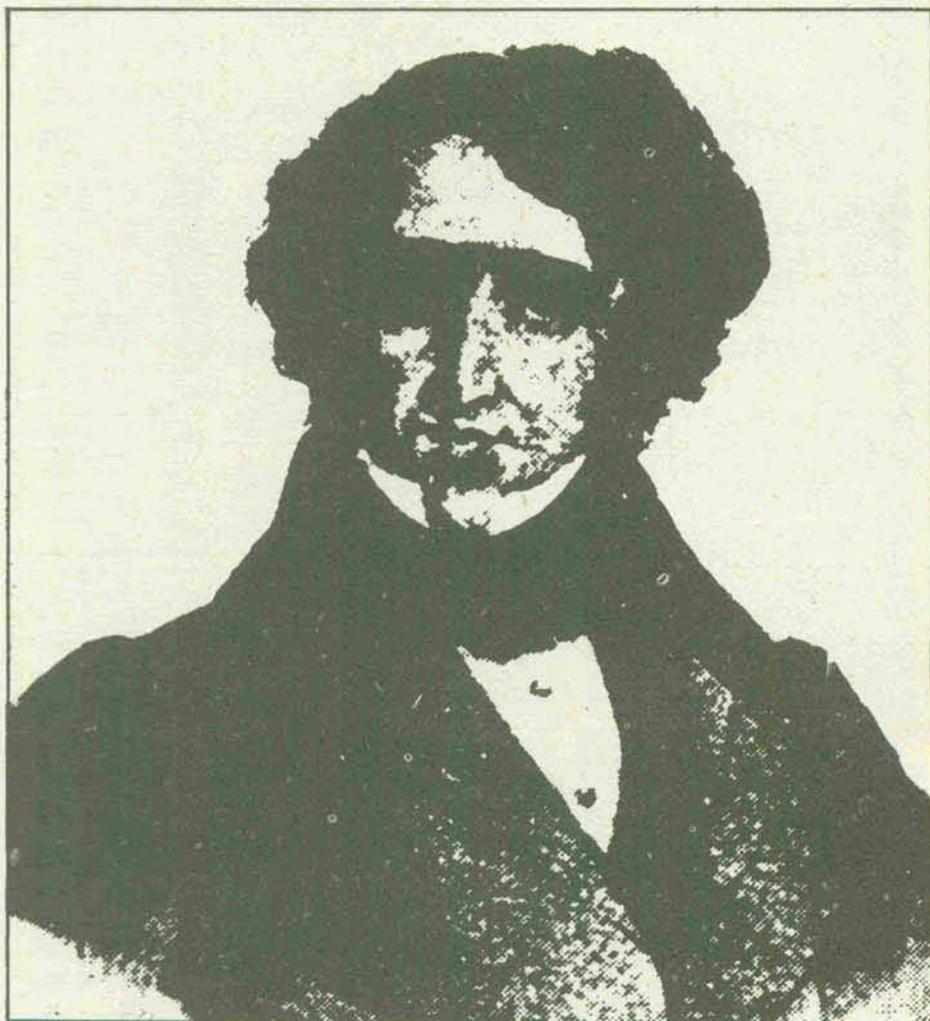
Galdós deja muy malparado al ex-clérigo Bailón. Le retrata como un paranoico y un loco estrafalario que aparentaba saber lo que ignoraba. Era el prototipo de individuo que había mal digerido las ideas progresistas de la época. Bailón era un extremista y un falso revolucionario. Este tipo de hombres horrorizaban a Galdós. Era la otra cara de la moneda, la del cura de salón que frecuentaba las mansiones de la aristocracia y de la nobleza.

Bailón ejerció, con la enfermedad y muerte de Valentín, el primer hijo de Torquemada, de consejero espiritual del usurero. Papel parecido que ejercerá más tarde, aunque desde coordenadas distintas, el padre Gamborena.

Nazarín es el segundo de estos

sacerdotes-personajes antes citados. Sera el protagonista principal en la novela «Nazarín» y secundario en «Halma». Ambas novelas fueron escritas en 1895.

Nazarín es natural de La Mancha y vive en Madrid. Impelido por la doctrina y el ejemplo de Cristo, socorre a quien le necesita y vive en la miseria. Su pobreza le aleja de Madrid y le lanza a los caminos. Es un manantial de misericordia y propugna, con su testimonio, una nueva actitud ante la vida. En esos años, Galdós se estaba alejando del naturalismo para pasar a otras etapas más espiritualistas. Casaldueiro nos dice al respecto: «Paso a paso Galdós va superando su concepción naturalista del mundo. Cuando escribe «Nazarín» ya está muy ale-



«La llamada desamortización, que debiera llamarse despojo, arrancó su propiedad a la Iglesia, para entregarla a los particulares, a la burguesía, por medio de ventas que no eran sino verdaderos regalos». (Mendizábal.)

Lo que sí parece claro es que Galdós intentó presentar a Nazarín como que éste no era un sacerdote al uso y que, además, nunca fue reconocido como tal por la Iglesia de su tiempo. Igual que Cristo. Nazarín era, según Galdós, un «cura bueno». Fue la nueva vía espiritualista del escritor canario.

Y llega el tercero de los personajes-sacerdotes antes citados: el padre Gamborena, que aparece fundamentalmente en «Torquemada y San Pedro», novela publicada por Galdós en 1895 (12).

Gamborena era alavés y ejerció durante muchos años de misionero en Extremo Oriente. De mentalidad dogmática, quiere enseñar lo que él dice «la verdad esencial». No pregonaba más «que la verdad con toda su intransigencia» que le impone su misión evangélica. «Yo no transijo; —dice— desprecio las componendas elásticas en cuanto se refiere a la moral católica. Ataco el mal con brío, desplegando contra él todos los rigores de la doctrina» (pág. 481). Su ideología es evidentemente conservadora. Gamborena procedía de familia hidalga y pudiente. Era familiar del obispo de Córdoba y durante dos años, antes de irse a las misiones, ejerció de capellán de los del Aguila —personajes fundamentales de la serie Torquemada— en sus primeros buenos tiempos. Cuando vuelve a Europa, Gamborena cuenta ya con 60 años. Y aquí es cuando conecta por vez primera con Francisco de Torquemada, marqués de San Eloy

«Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 250-252. Octubre, 1970-enero, 1971. Madrid.

(12) Todas las citas que se realicen sobre la serie de novelas Torquemada, de Benito Pérez Galdós, se refieren a la edición «Las novelas de Torquemada», publicadas en un solo volumen por Alianza Editorial. Madrid, 1976. Colección de bolsillo, 651 págs.



Galdós fue, evidentemente, un anticlerical que fustigó las lacras eclesiales que ensombrecían a la jerarquía de la Iglesia. (Galdós joven.)

Casaldiero nos señala que «Gamborena pisa las calles de Madrid como las selvas de Africa o las tierras encharcadas de la Polinesia, y aunque él prefiere adoctrinar salvajes a convertir civilizados, Galdós no deja de decirnos el papel que juegan las misiones en los designios imperialistas de colonización: protestantes y católicos sólo saben predicar la doctrina de Cristo para adquirir nuevos mercados. Mercados y mercaderías, bienes materiales, la única razón de vivir de los países de cultura occidental» (13). Aquí aparecen pistas y datos importantes sobre el signifi-

(13) *Ibid.*, pág. 119.

cado del personaje Gamborena, sobre los que se volverán más adelante. Personaje que a los ojos de Galdós será, al igual que Nazarín —aunque con algunas diferencias notables—, un «cura bueno».

TORQUEMADA Y EL P. GAMBORENA

La serie de novelas de Torquemada fue escrita cuando Galdós contaba entre los 46 y 52 años: «Torquemada en la hoguera», en 1889; «Torquemada en la cruz», en 1893; «Torquemada en el purgatorio», en 1894, y «Torquemada y San Pedro», en 1895. Entre



Galdós utilizó y estudió profundamente la Biblia. San Mateo fue uno de sus autores predilectos y algunas de sus novelas están esmaltadas de citas bíblicas. Esto es especialmente visible en «Misericordia», donde la huella del Evangelio de Mateo es clara. (Escena de «Misericordia», interpretada por José Bódalo y María Fernanda D'Ocón.)

la primera y las tres restantes hay una fisura importante en la línea galdosiana: se pasa de un naturalismo a un espiritualismo. «Torquemada y San Pedro» es del mismo año que las novelas «Nazarín» y «Halma» y de la comedia teatral «Voluntad».

Al igual que Nazarín, Gamborena no fue un personaje irreal o inventado. El misionero alavés debió tener su modelo en cierto tipo de sacerdote de la época. Ya se ha indicado que Galdós tomaba sus personajes de la realidad. El doctor Marañón ha escrito que: «Apenas hay criatura de las forjadas por el gran novelista que no sea retrato, disimulado o exacto, de un hombre o una mujer de carne y hueso» (14). No fue, evidentemente, el personaje principal de la serie. El papel lo cubre Torquemada. Gamborena fue un personaje secundario, pero importante. Hinterhauser ha escrito que «la masa de personajes secundarios, hasta cierto punto, está cuidadosamente estructurada, y los más importantes de ellos gozan a menudo de una relativa independencia dentro del marco de una acción secundaria reciamente construida (...). A los personajes que son meros comparsas sólo les dedica un retrato; en cambio, los que sustentan esta acción marginal aparecen retratados varias veces y de modo diferente» (15). Efectivamente, Gamborena aparece retratado tres veces y desde distintos ángulos. Ello demuestra que Galdós le confirió el papel de personaje importante, aunque secundario. En «Torquemada y San Pedro», toda la acción de la novela gira en torno al eje Torquemada-Gamborena. Este último hace resaltar más la figura del ilustre prestamista y usurero, elevado a la

(14) GREGORIO MARAÑÓN. «Galdós en Toledo». Madrid, 1941.

(15) *Ibid.*, págs. 306 y 307.

categoría social de senador y marqués, en el supremo y definitivo momento de enfrentarse a la muerte. Es una novela donde se plantean problemas morales e ideológicos, en una tendencia espiritualista ascendente. El problema fundamental que late en la serie, es el de un hombre que atesora capitales y que, en varios momentos de su vida, pretende pactar o negociar con Dios. Es un alegato contra el capitalismo de aquella época y tiene un valor de fuente histórica de primera categoría. Las novelas de Torquemada son la historia de un ascenso y de una promoción social.

Según Correa, «Torquemada se revela desde un principio como el avaro a ultranza que no pierde en ningún momento los rasgos de su conformación individual. La vida lo coloca en circunstancias de ascensión social y espiritual, pero él es incapaz de un cambio a fondo y radical. Su naturaleza

bastarda y animal no podrá nunca compenetrarse con esquemas de orden superior. En su inadecuación entre lo que es y lo que debe ser se abre el abismo de su propio tormento y destrucción. Su pasión irreductible define la esencia última de su personalidad y lo sitúa al margen de toda posible transformación moral y religiosa» (16).

Gamborena, además de ser intermediario entre Dios y Torquemada, será utilizado por Galdós para decir cuatro verdades a la aristocracia y a la alta burguesía de su tiempo, que tomaban muy a la ligera los temas espirituales y, concretamente, los religiosos. Respecto a ello, es de resaltar el sermón de Gamborena a la segunda esposa de Torquemada y a su amiga Augusta Orozco: «como sacerdote y

(16) GUSTAVO CORREA. «El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós». Editorial Gredos. Madrid, 1962.

amigo, quiero y debo reprenderos por esa costumbre de tratar en solfa y alardeando de humorismo elegante con visos de literario las cuestiones más graves de la moral y de la fe católica. Vicio éste adquirido en la esfera altísima en que vivís, y que proviene de la costumbre de poner en vuestras conversaciones ideas chispeantes y deslumbradoras para entreteneros y divertirlos como en los juegos honestos de sociedad..., suponiendo que sean honestos, y que es mucho suponer (...). Las clases altas son las que más olvidado tienen la doctrina pura y eterna (...). Queréis hacer de Dios uno de esos reyes constitucionales al uso, que reinan y no gobiernan (...). Las clases altas, o, por mejor hablar, las clases ricas, estáis profundamente dañadas en el corazón y en la inteligencia, porque habéis perdido la fe o, por lo menos, andáis en vías de perderla (...). Ciertamente conserváis la fe nominal, pero tan sólo como un emblema, como



Los krausistas no partían esencialmente del positivismo. Reflejarán, a nivel ideológico, las experiencias del Sexenio democrático, para luego pasar a criticar la Restauración. (Grabado del siglo XIX, que representa a Don Alfonso XII entrando en Madrid el 14 de enero de 1875.)

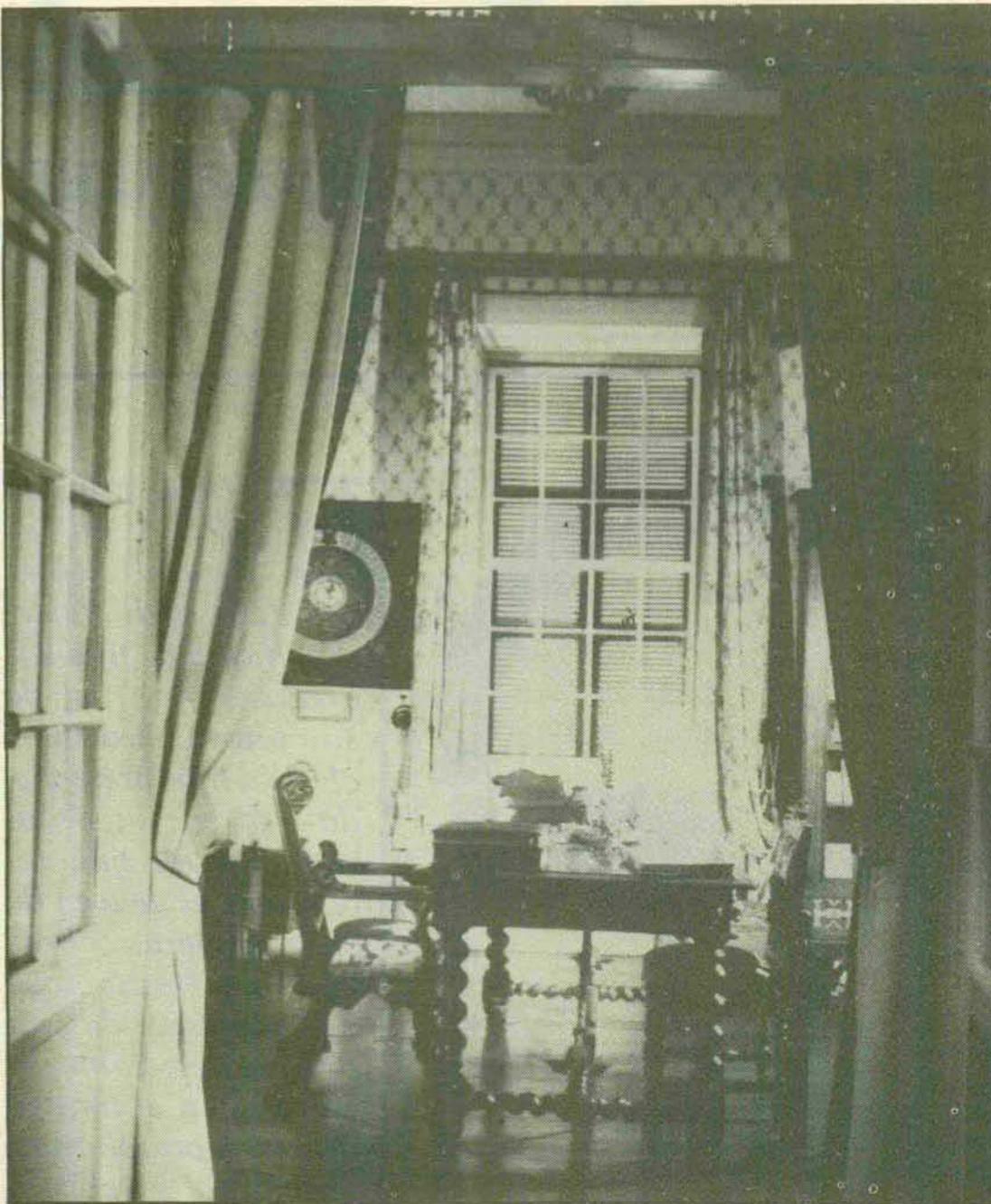
una ejecutoria de la clase para defenderos con ella en caso de que veáis atacados vuestros fueros y amenazadas vuestras posiciones» (págs. 515 y siguientes). Pero a pesar de estas palabras duras y directas, la mentalidad conservadora de Gamborena es patente: el sermón fina liza aconsejando a las ilustres damas que sigan siendo *«buenas cristianas dentro de la corteidad de vuestros medios espirituales: seguir siendo aristócratas y ricas; compaginad la simplicidad religiosa con el boato que os impone vuestra posición social»*. Torquemada intentará pactar con Dios a través de Gamborena. El prestamista, elevado a la categoría social del marquesado, enferma gravemente y presiente que la muerte está muy próxima. Intentará comprar con dinero su salvación. Gamborena, según Torquemada, es San Pedro, por su parecido con el mendigo de la

capa en la primera parte de la novela, y a la estatua de San Pedro, patrono de los prestamistas. Y San Pedro tiene las llaves que abren las puertas del Cielo. Torquemada afrontará el tema de su salvación como si se tratara de un negocio y propondrá a Gamborena un pacto. Este, escandalizado, rechazará tal propuesta. Cruz del Aguila, cuñada de Torquemada, le aconseja al usurero que deje un tercio de su herencia a la Iglesia, para devolver de esa forma lo que su clase le quitó. Y aquí aparece el tema de la desamortización de los bienes eclesiásticos, que en su mayoría fueron a parar a manos de la burguesía. La mala conciencia es visible en las siguientes parrafadas de la cuñada de Torquemada, representativa de su clase. Ese tercio de la herencia *«es una restitución. Esos cuantiosísimos bienes de la Iglesia han sido, y usted no*

hace más que devolverlos a su dueño (...). La llamada desamortización, que debiera llamarse despojo, arrancó su propiedad a la Iglesia, para entregarla a los particulares, a la burguesía, por medio de ventas que no eran sino verdaderos regalos. De esa riqueza distribuida en el estado llano, ha nacido todo este mundo de los negocios, de las contratas, de las obras públicas, mundo en el cual ha traficando usted, absorbiendo dinerales que unas veces estaban en estas manos, otras en aquellas, y que, al fin, han venido a parar, en gran parte, a las de usted. La corriente varía muy a menudo de dirección; pero la riqueza que lleva y trae es siempre la misma, ya que se quitó a la Iglesia» (págs. 621-622). Cruz del Aguila, paradójicamente, viene a plasmar aquí la teoría y la razón de los primeros alzamientos carlistas. Gamborena y Cruz se van a



«Galdós no era un revolucionario; era un burgués liberal... Su ideal era el orden y la ciencia, el trabajo y el ahorro, que permiten acumular un capital». (Grabado satírico de la época de la Restauración.)



La técnica empleada por Galdós es idealista-naturalista. Realiza una minuciosa observación de algunos problemas que planteaban la sociedad de su tiempo, superando el realismo de la novela española de los 80. (Despacho de Pérez Galdós en su casa-museo de Las Palmas de Gran Canaria, foto Keim.)

poner de acuerdo para conseguir sus objetivos: la conversión de Torquemada y, de paso, que parte de la herencia pase a la Iglesia. El combate con el prestamista será duro. En período agónico Torquemada lanza ideas relacionadas con la conversión de la Deuda Exterior de Estado en Deuda Interior, como genuina y original solución a los problemas financieros del Estado español. Gamborena insiste en que ceda, que lo entregue todo y que se convierta. En el último momento Torquema-

da, sumido en el letargo mortal, pronuncia la palabra *conversión*. Pero ¿a qué conversión se refiere: a la del alma o a la Deuda del Estado? Gamborena, perplejo, no sabe qué pensar y duda. Galdós finaliza la novela señalando que *«en el momento aquel solemnísimo, el alma del señor marqués de San Eloy se aproximó a la puerta, cuyas llaves tiene... quien las tiene. Nada se veía; oyóse, sí, rechinar de metales en la cerradura. Después el golpe seco, el formidable portazo que hace estremecer los orbes. Pero aquí*

entra la inmensa duda. ¿Cerraron después que pasara el alma o cerraron dejándola fuera?».

La técnica empleada por Galdós es idealista-naturalista. Realiza una minuciosa observación de algunos problemas que planteaba la sociedad de su tiempo, superando el realismo de la novela española de los 80. La serie de novelas de Torquemada es un material y una fuente inapreciable para el historiador. Toda la obra de Galdós es, en sí misma, una fuente histórica de primera magnitud. ■ J. C. C.